

convecinos, por un arenque frío entre dos pedazos de borona.

Llegado á la villa donde comenzó su carrera tirando del fuelle de una fragua, establecióse en la mejor posada, y del propio recadista de Coteruco informóse de cuanto le interesaba saber acerca de su pueblo. Entre otras muchas cosas, supo que su hermana, de quien don Gonzalo no se había acordado en América, había muerto pobre, pero no abandonada de los amos, á quienes sirvió diez años. No lloró esta pérdida de la antigua compañera de sus desventuras; pero la sintió en su corazón, que quizá imputó á su memoria el delito de haberla olvidado tan pronto. Supo también que había en el pueblo una casa recién concluída, de solana y corral, cuyo dueño se veía precisado á venderla para pagar á los que le habían dado á préstamo las tres cuartas partes de lo gastado en hacerla, y la compró.

Dos semanas más adelante envió los necesarios cachivaches para amueblarla, amén de un ama de gobierno que en la villa le proporcionaron, y trasladóse á Coteruco, precedido de sus seis baules de cuero inglés con vistosas chapas de metal.

Precedídole había también su fama de hombre rico, y hasta su propósito de fabricar en breve una casa de arcos sobre los cimientos de

la paterna choza, no sé si para borrar hasta las huellas de su estirpe, ó para darla mayor prestigio; mas ni por esas ni por otras se voltearon las campanas al verle asomar sobre el cerro de Carrascosa, ni, lo que más adentro le llegó, se le disputaron los notables para hospedarle en sus viviendas, ínterin él labraba el palacio proyectado; ilusión que, como se ha dicho, acarició en su mente soñadora el esplendoroso y reluciente don Gonzalo al enderezar su rumbo para Europa.

Y pasó un día, y pasaron dos; y ni por asomarse al balcón con gorro de terciopelo bordado, en la cabeza, y en mangas de camisa para que brillara más el áureo culebreo de su cadena despilfarrada sobre el chaleco; ni por tirar á la calleja, cuando alguien pasaba por ella, colillas de medio puro, acudían las doncellas del lugar á ofrecerle canastillos de flores ni velludos piescos, ni los señores á brindarle su alianza y su respeto. Alguna vieja pedigüeña se le presentó con un par de pollos tísicos en son de memorial plañidero, para alivio de añosjos ayunos ó de histéricos pertinaces.

Patricio Rigüelta fué á verle, andando los días, y púsole sobre las mismas nubes, movido del afán de poner mucho más abajo, y aun despellejados, á los notables de Coteruco. Esto levantó un poco los abatidos humos de don

Gonzalo; pero llegóse después á saludarle don Frutos, el señor cura, que era hombre muy cumplido; y echólo á perder con la mejor intención. Díjole que se complacía en ver que la suerte había sido justa por aquella vez, colmando de dones á quien tanto y tan desnudo había rodado por el polvo de la miseria; con lo cual se ensoberbeció el indianete, cuyo prurito era olvidarse y pretender que los demás se olvidasen de que era hijo del perdulario Bragas.

Supo don Román de qué pie cojeaba el recién venido, á quien, siendo él mozo, había conocido muchacho y dádole de comer muy á menudo, y se apresuró á visitarle porque no tomara á desdén su alejamiento; pero como hombre cuerdo, limitóse en la visita á darle la bienvenida y á ofrecerle todas las atenciones y la buena voluntad de un convecino. Echó de menos don Gonzalo en este tributo de cortesía un sahumero á su importancia de acaudalado y á su saber de hombre *del día*, y amoscóse, tachando á don Román de lugareño incivil y de vanidoso destripaterrones.

Pero, en medio de todo, diéronle estas visitas ocasión, al devolverlas, de zarandear durante tres días su levita y su *manatí* por las callejas, no sin amargos contrapesos; pues bien sabe Dios lo que el hinchado personaje se requemaba cada vez que las viejucas del lugar,

al cruzarse con él, se santiguaban, llenas, quizá, de complacencia, exclamando al verle alejarse: «¡Bendito sea el Señor que tanto puedes! ¡Quién le diría al infeliz muchachuco de Antón Bragas que había de pasarse por estas callejas lleno de oro y paño fino, como un caballero de los más prencipales?» Y cuando tras esto, y algo parecido, salía á relucir el por qué de llamarse Gonzalo con el item más «de la Gonzalera,» sin pizca de Colás González, como se llamó de niño, dábase á Barrabás el hombre; y gracias si, alguna que otra vez, oía por consuelo la afirmación de un transeunte de que, «según se corría por el pueblo, el llamarse así el hijo de Bragas, era motivo á que la reina, sabedora de sus caudales y de la mucha mano que tuvo en *la otra banda*, le dió esa nomenclatura.»

La primera vez que don Gonzalo entró en casa de don Román, conoció á Magdalena. ¡Y cómo se puso, al verla, de dulce y remilgado el ya de suyo meloso y presumido visitante! Aquella joven elegante, fresca y risueña, hija de un señor pudiente, respetado y de noble solar, era la realidad, mejorada en tercio y quinto, de sus más hechiceras ilusiones; y como ni siquiera puso en duda el éxito de sus ya nacidos propósitos, al despedirse de ella, hecho un caramelo, alargó á don Román, mien-

tras lanzaba ternísima mirada á su hija, juzgando el regalo como *fineza* del mejor gusto, un ejemplar de su retrato y una tarjeta verde con letras de oro.

Y aguijoneándole la impaciencia estas emociones súbitas, en aquella misma semana comenzó por su orden á desgajar peñascos de la vecina montaña, para edificar la casa en proyecto. Necesitábala pronto para nido de sus amores, y también para conquistar, con esta nueva ostentación de su riqueza, el respeto y consideración de sus convecinos, que continuaban mirándole con la mayor indiferencia, y hasta con cierta sonrisilla maliciosa.

Como su vida de rico era una perpetua equivocación, la obra emprendida sólo sirvió para poner de manifiesto sus resabios de origen y su falta absoluta de cultura. Pensaba que al hombre de dinero le sentaba muy bien la dureza con sus jornaleros, y con ella los contundía, á la vez que les escatimaba, con reflejos de avaricia, el mísero salario. Murmuraba de ello la gente y trabajaba renegando; y don Gonzalo, para trocar el descontento en admiración, ostentaba en cada lance de apuro, subiéndose á la pared más alta, una nueva cadena en su pecho, ó un anillo nunca visto en su mano; ó bien disparando tres docenas de cohetes, so pretexto de que se ponía la clave en tal arco, ó se

sentaban en el otro los salmeres; con lo cual, si no lograba el objeto que se proponía, daba pábulo á las rechiflas de los maliciosos del lugar, que le ponían de *roña fina, fachendoso y bvagucas*, que no había por dónde cogerle.

Al propio tiempo, juzgando que el hombre de caudal, que ha rodado por el mundo, está obligado á ser irreligioso, jactábase de no ir á misa, y se burlaba de las pláticas del cura y de la credulidad de sus feligreses. Delante de don Román invocaba á los Estados-Unidos y á Inglaterra, en testimonio de que los pueblos verdaderamente *ilustrados* no se confiesan, pensando que con estos atrevimientos, desconocidos en aquel rincón apacible y patriarcal, iba el padre de Magdalena á admirarle como á un asombro de cultura y de saber, y él á sembrar de flores el sendero que había de conducirle á los brazos de la garrida doncella.

Tres meses necesitó el *ilustrado* don Gonzalo para caer en la cuenta de que iba muy errado en la que se echaba; que la gente menuda se reía de sus alardes, y que don Román iba poco á poco cerrándole la puerta de su casa.

Entonces trató de enmendar el yerro, pero no reconociéndole de buena fe, sino cambiando de conducta y declarando que lo hacía por ir con la corriente, y porque lo contrario era «echar margaritas á puercos;» con lo cual lo puso peor.

Pero es el caso que á medida que crecían las frialdades de don Román, subía en él como la espuma el deseo de conquistar á su hija, y bajaba la esperanza de llegar á ser el hombre necesario y más influyente de Coteruco; suma de contrariedades que le traían con una carga de desazones que jamás había previsto.

Á todo esto, frecuentaba ya la casa de don Lope; y si bien éste para nada se curaba de él, Osmunda le trastornaba el poco seso que tenía. Osmunda estaba entusiasmada con don Gonzalo, porque don Gonzalo en su primera visita le había dejado, con su retrato, una tarjeta azul celeste con letras de color de fuego, tintas en las cuales había leído la infanzona: «celos y amor vehemente.» Desde aquel día, Osmunda entrevió la esperanza de quebrar la pesada cadena de su larga soltería, y por la mano de un marido que podía colocar en las suyas el arma que ella necesitaba para vengar su descolorida pobreza en la humillación de las más acaudaladas señoras del valle. Y añadió sin tregua ni sosiego á don Gonzalo, poniéndole en saber, en riqueza, en elegancia y en talento, sobre todos los personajes de la comarca, á los cuales difamaba al propio tiempo. Creíase el indianete merecedor de los encomios de Osmunda; y como no sospechaba qué intentos movían aquella lengua viperina, recibía tam-

bién como justas y pertinentes sus difamaciones, que, por otra parte, se amoldaban perfectamente á sus deseos. Así, y con los sahumerios que también le echaban Patricio Rigüelta y la corta falanje de pardillos que éste capitaneaba, enemigos mortales, aunque cautelosos, de cuanto á él le hacía sombra en el pueblo, íbase convenciendo más y más de la injusticia con que se le posponía en Coteruco á don Román, y se le negaban los homenajes que se tributaban á éste. Era, pues, Osmunda, el soplo que avivaba el fuego de los odios de don Gonzalo, cada vez que una chispa de razón aparecía en la mollera del hijo de Bragas y veía éste á su luz la conveniencia de amoldarse de buena fe á los hábitos sencillos y apacibles de don Román, y de renunciar á sus propósitos de vencerle en importancia y en respetabilidad, cualidades que no se conquistan, sino que nacen del carácter, como el aroma nace de la flor.

En estas luchas empeñado, no desconoció que sin vencer por completo á don Román, ó sin atraerse por algún medio sus simpatías, era perder el tiempo pensar en acercarse á Magdalena para pedirla solemnemente en matrimonio. Aplazó la ejecución de este propósito para más adelante, como si sólo dependiera el éxito de su conducta pública, y limitóse á que se le dejara siquiera entreabierta la porta-

lada de aquella casa, nunca por completo cerrada para él por don Román, que era tan cortés como prudente y avisado. En cuanto á Magdalena, no volvió á presentarse delante de don Gonzalo en las varias visitas que éste hizo á su padre. Tampoco pudo saber el meloso galán qué destino habían alcanzado en aquel recinto en que vivían presos sus más tiernos pensamientos, su retrato y su tarjeta, prendas pintorescas de su galantería, que en el caserón de Osmunda figuraban el uno colgado en el muro testero de la sala, bajo un dosel de siemprevivas, y la otra encajada entre el marco y el desazogado cristal de la apollillada cornucopia.

Así las cosas, llegó Lucas de vacaciones, y vió en don Gonzalo al hombre que él necesitaba; es decir, uno que fuera lo suficientemente vano y mentecato para aplaudir sin reserva sus lucubraciones político-filosóficas, y lo bastante rico para que no se sospechara que el despecho del hambre ó el ansia de mejorar de fortuna, le movían á maldecir de cuanto los demás bendecían y ponderaban.

Por su parte, don Gonzalo vió en Lucas el órgano sonoro y retumbante de sus propias ideas; ó mejor dicho, la palabra que necesitaba para expresar conceptos que no penetraba, pero que por la pompa y la novedad le seducían y cautivaban.

—¡Al fin hallé con quien hablar en los jarales de Coteruco!—decía Lucas refiriéndose á don Gonzalo; mientras don Gonzalo, recordando á Lucas, exclamaba:

—¡Qué lástima que este chico tan despierto no tenga cincuenta mil duros!

¡Como si Lucas con cincuenta mil duros hubiera pensado en meterse á demagogo!

Volvióse el estudiante á Madrid al fin del verano, dejando el germen de sus delirios en el alma de don Gonzalo, ya bien saturada de dudas y rencores, fruto natural de sus mezquinas vanidades; y dos meses después dióse por concluída la casa de arcos.

Propúsose su dueño establecerse en ella de un modo ruidoso y llamativo; y después de amueblarla rumbosamente y de colgar en la sala la historia, en láminas, de Mazzeppa, presidida por el retrato del general Espartero, invitó á medio Coteruco á un sarao inaugural. Trajo de la villa los bizcochos y los azucarillos por arrobas; á carretadas las peras en dulce, y por cántaras el agua de limón; y con esto y el blanco de la Nava que acaparó en el pueblo, y los guisotes que preparó su cocinera, pusieronse Rigüelta, Barriluco y otros comensales de tal jaez, que ya no distinguían los dedos de la mano. Entre brindis, bocados y libaciones, disparábanse cohetes por todas las ven-

tananas del edificio; tremolaban al aire blando de la noche los colores nacionales sobre el palo mayor de la fragata del tejado; y los relinchos de los ociosos mocetones, que desde abajo respondían al estruendo del banquete, aturdían la barriada. Pero ¡ay! don Gonzalo jurara que la soledad del desierto y el frío de las estepas le envolvían en medio de aquella muchedumbre comilona, embriagada y soez. Ni don Román, ni don Lope, ni el señor cura, ni siquiera Toñazos el de la Callejona, ni Juan Antón el de la Portilla; no ya los señores de levita, pero ni aun los labradores de alguna formalidad, habían respondido á la invitación ni concurrido al sarao para darle el apetecido carácter con su presencia. ¡Y don Gonzalo que había soñado hasta con el concurso de Magdalena, á cuya beldad reservaba el obsequio de tres botellas de *suspiros* que habían de lanzarse al espacio en vistosas y variadas luces desde la copa de un rosal silvestre, de propio intento trasplantado al diminuto jardín contiguo á los arcos!

Decididamente el hijo de Antón Bragas caminaba en Coteruco de equivocación en equivocación.

Desde aquella noche funesta, cayó el ánimo de don Gonzalo en un abatimiento desconsolador. Temió perderlo todo en la lucha insensata

que había intentado; y con el propósito de salvar del desastre siquiera á Magdalena, economizó sus visitas á Osmunda, que estimulaba sus rencores; y no solamente fué á misa todos los domingos, sino al altar mayor y con los mejores trapos de su equipaje. Mas no por eso le miró don Román con tiernos ojos, ni don Frutos le tomó por convertido, ni Magdalena, adivinándole las intenciones en sus miradas de azúcar, le propuso un raptó á media noche; ni, la verdad sea dicha, dejó don Gonzalo de tener montada sobre sus narices la respetabilidad incontestable de don Román y el desdén implacable de todos sus convecinos. El pobre hombre era un verdadero mártir de su vanidad. Sobre su débil razón estaba siempre esa venda que le cegaba; y en el abismo se arrojara impávido, como hubiera un malvado que le empujara hacia él halagando su flaqueza.

Tal era, lector, el personaje por quien hemos oído preguntar á Lucas, en el capítulo anterior, á su amigo Gildo Rigüelta, el Letradillo currutaco; tales los propósitos y los designios de don Gonzalo González de la Gonzalera, fundador y habitante de la última casa de las tres que he señalado al lector al comienzo de este libro, desde lo más alto del cerro de Carrascosa.